

## RESEÑAS DE LIBROS

**MICHAEL HARDT Y ANTONIO NEGRI:** *Imperio*, Paidós, Barcelona, 2002

Negri está asociado a las convulsiones político-sociales que sacudieron Italia - como a otras parcelas de las "islas de la opulencia": Alemania, Japón, USA...- a finales de los sesenta y principio de los setenta. Se le ha señalado como ideólogo de las Brigadas Rojas italianas, origen de diversos y nada despreciables actos violentos destinados a dinamizar un cambio radical en el modelo socio-económico. Entonces se decía "hacer la Revolución". También la extrema derecha, según parece con complicidades en instancias castrenses, impulsó la espiral terrorista. Desde el panorama que actualmente nos depara la experiencia histórica del último cuarto de siglo -el juicio y el análisis *in illo tempore* se inscribía en coordenadas muy diversas que no hacían parecer tan descabellado el proyecto- el grupo de intelectuales, principalmente de la Universidad de Trento, encabezados por el prestigioso profesor de la Universidad de Padua, que era Negri, con la colaboración de las "camadas negras" y sus fuerzas propiciatorias, eran capaces no de lograr su utopía pero sí de sumir a la inestable política parlamentaria italiana en un caos de indefinidas, aunque previsibles, consecuencias que tendrían como factor común el retroceso del sistema democrático en Italia.

Con estos antecedentes era presumible que *Imperio*, el libro de Negri y el profesor norteamericano Hardt, si no constituía un panfleto, sí al menos era susceptible de conceptuarse como una obra de

combate. Esta opinión parece ser que es la que ha primado en el juicio de uno de sus críticos que lo califica como "una reescritura del Manifiesto Comunista en la perspectiva de nuestro tiempo". Quien sostiene esa opinión demuestra que no se ha leído el manifiesto o *Imperio* o, quizás, ninguno de los dos. Este libro constituye un erudito ejercicio de reflexión sobre nuestro tiempo. Se trata de una obra densa y meditada, capaz de motivar que su lectura, si no la dosificamos suficientemente, nos incline, en algunas de sus partes, a adscribirla al calificativo técnico tipificado con el término "coñazo". Sus autores son conscientes de esa cualidad y nos sugieren que leamos su obra como nos resulte más asequible, de adelante a atrás o viceversa, o por el medio, total o parcialmente.

Lo cierto es que *Imperio* no tiene desperdicio y que encontramos, con mayor o menor satisfacción, interés o aceptación, en cualquiera de sus partes y por supuesto en el conjunto, importantes aportaciones intelectuales. *Imperio* se puede inscribir en lo más selecto, documentado, sugestivo y por supuesto novedoso, de la bibliografía de los últimos años.

Es ante todo un trabajo crítico, focalizando esa intención principalmente en lo que ha fundamentado el análisis teórico de la coyuntura social y política sobre la que transitó "el joven Negri" - de Hardt ignoro su historia personal. Fuera de un par de capítulos, Marx es poco citado y el marxismo en sus diversas derivaciones analizado críticamente. Aparecen mucho más Foucault y Deleuze, de quien Hardt es un experto. No faltan ni tan siquiera citas de San Agustín y los autores hasta concluyen las últimas líneas del libro con referencias a San Francisco de Asís.

La piedra angular sobre la que se asienta el núcleo básico de la línea argumental de Hardt y Negri es que en el momento presente -el de la *globalización* ¡cómo no!- se está originando una *sustitución del imperialismo por el imperio*. Su concepción del imperialismo es más o menos la que desde Lenin podemos denominar clásica. No obstante, sostienen que hoy ningún estado-nación, incluido Estados Unidos, es capaz de constituir el centro de ningún proyecto imperialista. Piensan que está surgiendo una nueva forma global de soberanía, que es lo que designan como *Imperio*.

En su concepto del *Imperio*, este no tiene límites. Además, “no se presenta como un régimen histórico que se origina mediante la conquista, sino antes bien como un orden que efectivamente y, en consecuencia –dicen- fija el estado existente de cosas para toda la eternidad”. Igualmente, consideran que el orden del *Imperio* opera en los registros del orden social y penetra hasta las profundidades del mundo social. El *Imperio* no sólo gobierna un territorio y una población, sino que también crea el mismo mundo que habita. No sólo regula las interacciones humanas, además procura gobernar directamente toda la naturaleza humana. El objeto de su dominio es la vida social en su totalidad; por consiguiente, el *Imperio* presenta la forma paradigmática del *biopoder*. Finalmente -añaden-, aunque la práctica del *Imperio* está continuamente bañada de sangre, el concepto del *Imperio* siempre está dedicado a la paz: una paz perpetua y universal, que trasciende la historia; “similar a la que se concibió en Europa con el nacimiento de la Cristianidad durante la decadencia del Imperio Romano: *urbi et orbe*”.

Como en la analogía de las cerezas, al aclarar el concepto que nos ofrecen de

*Imperio*, nos ha surgido el de *biopoder*: otro de los elementos centrales en la argumentación y que en cierto modo forma parte de un bagaje conceptual prestado por Foucault. Es este autor el que reconoce el tránsito histórico de la *sociedad disciplinaria* a la de *control*. La primera es aquella en la que la denominación social se construye a través de una red difusa de dispositivos y aparatos que producen y regulan las costumbres y las prácticas productivas. El objetivo es hacer trabajar y asegurar obediencia a su dominio y a sus mecanismos de inclusión y exclusión, lo que logra mediante la acción de instituciones disciplinarias.

En cuanto a la *sociedad de control* debe entenderse aquella que se desarrolla en el borde último de la sociedad, de la modernidad, y se extiende por la postmodernidad, en la cual los mecanismos de dominio se vuelven aún más democráticos, aún más inmanentes al campo social y se distribuyen completamente por los cerebros y los cuerpos de los ciudadanos, de modo tal que los sujetos mismos interiorizan cada vez más las conductas de integración y exclusión social adecuadas para ese dominio”. Algo no muy alejado del viejo concepto marxista de alienación: “El poder se ejerce ahora a través de maquinaria que organiza directamente los cerebros (en los sistemas de comunicación, en las redes de información...) y los cuerpos (en los sistemas de asistencia social, las actividades controladas...) con el propósito de llevarlos hacia un estado autónomo del sentido de la vida y del deseo de creatividad. La *sociedad de control* podría caracterizarse por una intensificación de los aparatos normalizadores del poder disciplinario, con un control que se extiende de mucho más allá de los lugares

estruc-turados de las instituciones sociales a través de redes flexibles y fluctuantes”.

Es a partir de aquí, y siempre prestatorios del instrumental conceptual de Foucault, como se llega al paradigma de la *biopolítica* y de allí al *biopoder* que con profusión argumental aparece como elemento explicativo del *modus operandis* del *Imperio*. “El *biopoder* es una forma de poder que regula la vida social desde su interior, siguiéndola, interpretándola, absorbiéndola y rearticulándola. Así, el poder sólo puede alcanzar su dominio efectivo sobre toda la vida de la población cuando llega a constituir una función vital, integral, que cada individuo apoya y reactiva voluntariamente... La función más elevada de este poder es cercar la vida por los cuatro costados, y su tarea primaria es administrar la vida. El *biopoder*, concluyen, se refieren, pues, a una situación en la que lo que está directamente en juego es la producción y reproducción de la vida misma”.

En cualquier caso y a pesar del carácter teórico de este libro, muy alejado de un instrumento de lucha, no dejan sus autores de exponer un cierto número de propuestas dirigidas a la acción, la resistencia o el cambio. Estas ideas parten de su concepto de *contraimperio* como una organización política a los flujos e intercambios globales. Lo definen como las fuerzas creativas de la multitud que sostienen el *Imperio* y que también son capaces de construir autónomamente esa alternativa. De todas formas, este resultado dialéctico permanece en el libro como una posibilidad, o más bien necesidad bastante imprecisa. “La multitud tendrá que inventar nuevas formas democráticas y un nuevo poder constitutivo que algún día nos conduzca a través del *Imperio* y nos permita superar su dominio”.

Y, de un modo quizá un tanto forzado, surge la llamada al militante que, nos advierten, no es “el agente triste y ascético de la Tercera Internacional (...) Hoy, el militante no puede pretender ser un representante ni siquiera de las necesidades humanas fundamentales de los explotados”. Por el contrario, “hoy la actividad política revolucionaria”, palabra de la que se huye a lo largo de todo el libro, “debe redescubrir la forma que siempre le fue propia”, algo que, opino, parece que se contradice en muchas partes de ese gran ejercicio de análisis crítico que es *Imperio*: “...no la actividad representativa, sino la constituyente. La militancia de hoy es actividad positiva, constructiva e innovadora (...) la resistencia se vincula inmediatamente a una inmersión constitutiva en la esfera biopolítica y en la formación de aparatos cooperativos de producción y comunidad”.

Para concluir, nada menos que de la mano de San Francisco de Asís, con la propuesta de oponer a la miseria de poder el gozo de ser: “esta es una revolución”, y nos aclaran en sus últimas líneas que “ningún poder será capaz de controlar, porque el *biopoder* y el comunismo, la cooperación y la revolución continúan unidas en el amor, la simplicidad y también la inocencia...”. Evidentemente, un final feliz que ambos autores incluyen forzados por el peso de su subjetividad o por el producto de las circunstancias históricas que vivieron Negri y, quizás, Hardt. Una concesión a la galería; posiblemente integradas por ellos mismos y sus pares aún añorantes y nostálgicos de un pasado de expectativas y frustraciones. Lo que se quiso y no pudo ser, pero que aún se desea.

En cualquier caso, lo más importante, cuantitativa y cualitativamente, del libro es su descripción del qué, cómo y cuándo del *Imperio*. Abunda en descripciones

de este *Imperio* en los tiempos presentes que augura se perfeccionará en los futuros. Mi opinión es que exagera y, aunque no les niego la razón de que las cosas serán como nos las cuentan, hoy por hoy, a la luz de los hechos del cotidiano acontecer, se está lejos, quizás muy lejos, de esa situación, incluso en los núcleos más decisivos del poder o entre los sectores y agentes más evolucionados en la secuencia histórica que ha llevado al vigente sistema global. Caen en el mismo error, exageración o tendencia, que afecta a Fukuyama, Wallerstein o Castell, por ejemplo, y cada uno en su correspondiente eje argumental. Aprecio confusión del deseo con la realidad o del presente con lo futuro.

Por otro lado, la densidad temática del libro es lo suficientemente amplia para que localicemos en sus páginas explicaciones históricas, análisis de situaciones socio-políticas, teorías contrastadas, etc., que

de por sí constituyen, hasta aisladamente, interesantes y satisfactorios, cuando no provocadores motivos para una meditada lectura. Quizás de ahí el consejo de los autores, al que yo mismo me agrego, de proceder a su lectura sin someternos a la disciplina del orden de los capítulos.

*Imperio* contiene un amplio repertorio de reflexiones y enseñanzas. Es un auténtico ejercicio de crítica que no excluye, y hasta induce a la provocación en un constante doble análisis sincrónico y diacrónico. Una simbiosis de lo histórico y de un futuro cargado de expectativas; aunque no cabe duda que el análisis histórico es el predominante. En resumen: un trabajo entre los más importantes de la bibliografía actual que nos inducirá a establecer, en diversa medida y dentro de polivalentes enfoques, una comunicación con Hardt y Negri.

(Juan Maestre Alfonso)

**ENRIQUE MIRET MAGDALENA:** *¿Qué nos falta para ser felices? Un nuevo modo de pensar y de vivir.* Espasa Hoy. Madrid 2002 (276 págs.).

Enrique Miret Magdalena es uno de esos personajes a los que la renovación del pensamiento tradicional español debe bastante, mucho. Durante años ocupó una apretada página de ese magnífico vehículo de modernización de las ideas españolas que fue TRIUNFO. Su triunfal tribuna, nunca mejor aplicado el calificativo, se centraba en el espinoso tema de la religión, concebido en un amplio espectro que iba desde la teología a las prácticas religiosas, pasando por el análisis del entramado social e ideológico del nacional-catolicismo del que unos gozaron y otros sufrimos. En aquella época le tildábamos de teólogo laico.

Le conocí en TRIUNFO y más tarde coincidí con él en algunas de las aventuras de la *transición*, periodo que comenzó antes de la muerte física del siniestro dictador, del que también unos sufrimos y otros gozaron, pues es cierto, como Amando de Miguel señaló, que la sociedad española era tanto o más dictatorial que el sistema político. Su fisonomía se alejaba de la del *progre* de aquellos tiempos. Nada que ver con cualquier integrante de la *gauche divine* en la que, por cierto, Miret Magdalena era frecuentemente reverenciado. Personaje desconcertante. Por un lado teólogo y español. Sin barba y con corbata. De lo más clásico. Pero rebosando heterodoxia y crítica. Bien podría ser un probo funcionario del estado, un profesor de bachiller —en la Universidad se oscilaba entre la petulancia y *l'épatent*— un industrial, de los que entonces ponían ese título en las esquelas